

Una historia de histeria y misterio

Juan Carlos Capo *

*En ciertos momentos, la historia parece la obra de un novelista de folletín
Jules Romains.*

*Críticos sagaces ubican a la novela como la historia que habría podido ser, y a la
historia como una novela que ya tuvo lugar.*

*André Gide*¹

Resumen

Esta comunicación se abre con “La etiología de la histeria”, conferencia de Freud en 1986, en la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de Viena, donde se la recibió como un cuento de hadas científico.

A continuación se enumeran los principales relatos clínicos que Freud llamaba historiales, y también casos, siguiendo la terminología psiquiátrica imperante en la época. Estos historiales se leían como novelas y al delirio de los paranoicos – enajenación poética de una enajenación respecto de un linaje–, Freud los dio a conocer como novelas familiares y lo hizo extensivo también a los neuróticos.

Luego se hacen consideraciones sobre el apareamiento del dormir a la muerte, de la melancolía a la tristeza, de la manía al júbilo, y del sacrificio a la religión; considerándose que de la misma manera es dable articular memoria a ficción.

La historia en psicoanálisis es histerizable. No es la historia que atañe a los médicos, ni la crónica de la que derivan los historiadores. En psicoanálisis, la historia tomará algo en préstamo de ambas, pero será “de sí” que el psicoanálisis justificará su naturaleza.

Gilles Deleuze, que incursiona in extenso sobre el pensamiento estoico en su libro “Lógica del sentido”, se detiene sobre las paradojas de Alicia, la heroína niña de Lewis Carroll, como referencia introductoria a efectos de ilustrar de otro modo el relato en psicoanálisis. Se discurre si será el concepto o la representación discursivamente elaborada lo más operativo a usar, tanto por parte del paciente, como por parte del analista, bregando por un “bien decir” que ponga a plano las cicatrices que constituyen los síntomas, dado que “la escritura salvaje del síntoma en una escritura de cicatriz” (Mayette Viltard).

El acto de decir del analista, como acción verbal, debe huir del lugar común, de los adjetivos y de las etiquetas nosológicas, así como de actitudes hermenéuticas a ultranza, instrumentos que testifican de un sujeto psicológico o psiquiátrico, que no de un sujeto del inconsciente.

El referido acto del analista debiera apuntar más a la temporalidad y el devenir, a los signos que hacen síntoma, produciendo “efectos de superficie”. Son ejemplos de esto

* Miembro Titular de APU.

Dirección: Soca 1395. Ap. 901. CP 11600. Tel. 709 49 38/707 2810.

¹. “Larousse de la Langue Française”, *Lexis*, 1979, París, págs. 904, 1657.

último los “acontecimientos incorporales”, hechos de lenguaje que insisten, en el relato que hace de su vida el paciente, requiriendo del analista una actitud de escucha, cautela, tanteo y abordaje heteróclito, mencionándose la paradoja, el sinsentido y el humor, como instrumentos imprescindibles para “hacer historia”.

Summary

This paper refers in the first place to “The etiology of hysteria”, Freud’s lecture of 1896, offered at the Psychiatry and Neurology Society of Vienna, where it was received as a scientific fairy tale.

Then, the paper includes a listing of the main clinical narratives, to which Freud referred as histories and also as cases, in line with the usual psychiatric jargon used at the time. These histories were read as one might read a novel, and even the deliriums of paranoiacs, a poetical alienation derived from an alienation in the lineage, were informed by Freud as a family novel, as he did also with the cases of neurotics.

The paper turns then to certain considerations on several paired notions: sleep/death, melancholy/sadness, mania/joy, and sacrifice/religion, and adds that the same treatment might be granted to the pair memory/fiction.

History in psychoanalysis may be hysterized. Psychoanalysis does not deal with the history dealt with by physicians or with the chronicles developed by historians. The psychoanalytical history borrows a little from both, but psychoanalysis justifies its nature “from itself”.

Gilles Deleuze, who deals in detail with the stoic thought in his book “A logic of meaning”, refers to the paradoxes of Lewis Carroll’s Alice as an introductory reference to the effects of illustrating the psychoanalytical narrative in a different manner. Other considerations question whether it is the notion or the presentation developed into a discourse which will be more operative for both the patient and the analyst, referring to a “well-saying” which unveils the scars in the symptoms, since the “wild writing of the symptom is a scarred writing” (Mayette Viltard).

The act of saying by the analyst, in its quality as a verbal action, must avoid common places, adjectives, and nosologic labels, and also extreme hermeneutic attitudes, as these tools offer evidence of a psychological or psychiatric subject rather than of an unconscious subject.

This act by the analyst should rather point to temporality and change, to the signs which amount to a symptom and produce a surface effect. In this connection it is worth noting incorporeal events, language events which insist in the patient’s narration of his/her life and require from the analyst a listening attitude, caution, sounding-out and an heteroclitic approach, including the paradox, the non-sense, and humor as essential tools to make history.

Descriptores: HISTORIA/ MEMORIA/ SENTIDO/ PARADOJA / SÍNTOMA / SIGNIFICANTE

I) El sentido de la histeria

El 21 de abril de 1896, Freud dio una conferencia en la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de Viena, sobre “**La etiología de la histeria**”. En ella sostuvo que “el estudioso es como un explorador que descubre los restos de una ciudad abandonada, con paredes, columnas y placas cubiertas de inscripciones a medio borrar; puede cavar,

sacarlas a luz y limpiarlas: entonces, si tiene suerte, las piedras hablan (*saxa loquuntur*). Dedicó todo su esfuerzo retórico a persuadir a sus incrédulos oyentes de que debían buscar el origen de la histeria en abusos sexuales padecidos en la infancia.”

Ocupaba la presidencia un renombrado psiquiatra, Richard von Krafft-Ebing, que al final, como un dios del Olimpo, emitió su dictamen: “Suena como **“un cuento de hadas científico”**.”²

A sus relatos clínicos, Sigmund Freud los llamó **historiales**, con lo que no se alejaba demasiado de la presentación de **“casos”** que hacía en la Salêtrière su maestro Charcot, o de la tendencia imperante en los psiquiatras de la época, cuando Ernst Kretschmer daba testimonio de hallazgos clínicos de esta forma: *caso Helen Renner, caso Wagner*,³ etc. y psiquiatras de la talla de Eugen Bleuler y Emil Kraepelin hacían otro tanto.

Freud hizo lo mismo en el primer historial de la adolescente Ida Bauer, conocido como **“el caso Dora”**, o en el historial del niño Herbert Graf, conocido como historial del **“pequeño Hans”**, o en el del estudiante de Derecho, Ernst Lanzer, conocido como historial del **“hombre de las Ratas”**, o en el del aristócrata ruso Sergei Pankejeff, más conocido como **“el hombre de los Lobos”**, sin contar con que en **“Estudios sobre la histeria”** todos los historiales clínicos se encabezaron con un nombre de “ficción”.

El “acto de nominación”⁴ tenía más de un sentido. ¿Por qué Dora y no Ida? ¿Por qué Hans y no Herbert? ¿Acaso el nombre Dora no era el nombre propio de una empleada doméstica que tenía prohibido hacer uso del mismo? ¿Y el nombre Hans no tenía que ver con historias de pasados amores del padre de Herbert Graf que no renunciaba a la letra H, en recuerdo de su amada Hedwige?⁵

Historias de *Frau Emmy*, de *Fräulein Elisabeth von R.*, de *Fräulein Dora* o del **“pequeño Hans”**: en el caso de una mujer, la denominación era más personalizada, y en el hombre se distinguía más por una perífrasis o un atributo. Nombres de fantasía, con sustitución obligada de un *nombre propio*, lugares en una historia, que los pacientes en cuestión, al reencontrar a Freud, o a otros médicos, *años después*, optarían ellos mismos, por designarse de aquel modo: “Soy el pequeño Hans”, “Soy la Dora del caso...”, “Soy el Hombre de los Lobos”.

Sólo uno, “el hombre de las Ratas”, no pudo comparecer y reconocerse como personaje: había muerto en la Primera Guerra.

2) “Novelas familiares”

Freud deberá lidiar, pues, con **“la infracción”** histórica, y con **“la deuda”** del obsesivo, piezas claves del sufrimiento neurótico, nacido en la tensión histórica y familiar, y que caracterizará en 1908 como **“la novela familiar del neurótico”**.⁶ Ya había usado esa expresión en carta a su amigo Wilhelm Fliess, del 24 de enero de 1897, en donde le comunica respecto a la histeria, lo siguiente: “Discierno al padre en los elevados requerimientos que se ponen en el amor, en la humillación ante el amado o en el no poder casarse a causa de unos ideales incumplidos. Fundamento: desde luego, la altura del padre, que se inclina condescendiente hacia el niño” (“como un *emperador*”..., dirá en el artículo citado más arriba). Compárese esto con la combinación, en la paranoia, de un delirio de grandeza más la invención poética de una enajenación respecto al linaje”. Strachey puntualiza: “en esta época temprana Freud se inclinaba a considerar estas

². “Freud, una vida de nuestro tiempo”, Peter Gay, Paidós, 1990, pág. 121.

³. “Delirio sensitivo paranoide”, Ernst Kretschmer, Labor, Barcelona, 1959, págs 13, 55.

⁴. “Introducción a la metapsicología freudiana”. Paul-Laurent Assoun, Paidós, Bs. As., 1994, pág. 331.

⁵. Op. cit., pág. 333.

⁶. Sigmund Freud, “La novela familiar del neurótico”, Amorrortu editores, Tomo XI, Bs. As. 1979, pág. 213.

fantasías como exclusivas de los paranoicos, aunque pronto las hizo extensivas a los neuróticos y acuñó para ellas el nombre de “*novelas familiares*”.⁷

En el “**caso del Hombre de los Lobos**”, Freud introduce la noción del “*suspense*”, pues en un agregado a la historia, al abordar la cuestión canónica de la realidad de la *escena primitiva* –el coito entre los padres– se plantea la siguiente pregunta: “¿Hice acaso en el intervalo entre la primera redacción de la historia del enfermo y este agregado, experiencias nuevas que obligaron a modificar mi concepción inicial? (...) Y acto seguido Freud confesaba que tenía la intención de concluir la discusión sobre el valor real de la *escena primitiva* con un lacónico *no está claro*, que acostumbraba expresar en latín: “*non liquet*”.

Y decía más aún: “Esta historia de enfermo no toca todavía a su fin; en su desarrollo ulterior va a surgir un motivo que altere la certidumbre de la que por ahora creemos alegrarnos”.⁸

Al ilustrar así su práctica en “*historias-historiales*”, Freud asentaba al mismo tiempo su paradigma doctrinario en “**casos**”, y, como andamiaje teórico a modo de *balancín epistémico*, válido para *cada vez*, prestaba su soporte a la construcción teórica que iba tejiendo. En poco tiempo, la precariedad de los años de “aislamiento” daría pie a una cosecha áurea detrás del *caso*, entreviéndose los fundamentos del psicoanálisis: el drama edipiano, el destronamiento narcisista, la castración... más la instauración de la ley que guarda el fuego del deseo, y la angustia aniquilante Y “lozana” detrás de los fantasmas del síntoma y sus señales.

3) Poesía y verdad

Como la sombra sigue al cuerpo y la muerte se hermana al dormir, es factible proponer que la melancolía derive de la tristeza, y la estruendosa manía lo haga del júbilo, así como la fantasía se empalma con el juego, y el sacrificio (o la plegaria), lo hace en las formas más visibles de la religión.

Y en cuanto a la memoria ¡cómo se aparee ella a la ficción! De ahí la condensación hecha por Lacan al referirse a las dificultades con las que tiene que vérselas el analista, dificultades derivadas de los hechos históricos singulares de cada paciente, y en un texto célebre, conocido como “Discurso de Roma”, se encuentran estas palabras: *hechos facticios*.⁹

Los recuerdos (en los hombres y en los pueblos) se pueblan de “*trucos*”, de una “*memoria trucada*”, como reconoce José Donoso, cuando escribe:

“Estas fantasías –lo que a uno le queda del pasado– son objetos de la ‘*memoria trucada*’, pura conjetura azarosa, puro lenguaje”.¹⁰

Lo que nos conduce a la pregunta de si a la oposición Ficción/Realidad no debiera contraponérsele una inclusión en *oxímoron*, como la que estos acoplamientos ilustran: oscura claridad, soledad sonora, música callada,¹¹ en lugar de una presentación antinómica, de ropaje aristotélico, que no resulta conveniente, por su inoperancia, para el objeto del psicoanálisis.

En un *western* clásico, el editor de un periódico entrevista a un personaje legendario, es el hombre que liquidó a un temible bandolero, y le hace este reclamo al “*héroe*”: “¡Tengo derecho a tener la historia!”. Se descuenta que imprimirá *la historia real*, sea

⁷. “Fragmentos de la correspondencia con Fliess” (1950) {1892-99} Amorrortu-editores, Tomo I, Bs. As., 1982, pág. 285.

⁸. Op. cit. pág. 344.

⁹. “Escritos 1”, Jacques Lacan, *Palabra vacía y palabra plena en la realización psicoanalítica del sujeto*, en “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, siglo xxi editores, México, 1989, pág. 250.

¹⁰. “Conjeturas sobre la memoria de mi tribu”. Alfaguara, Chile, 1966, pág. 99.

¹¹. “Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje”. Oswald Ducrot, Tzvetan Todorov, siglo xxi argentina editores, s.a., pág. 319.

ella cual fuese. La historia es relevante por el acto de desnudamiento y coraje emprendido por el protagonista, no así por el escaso atractivo que la nuda verdad de los hechos muestra, y teniendo ante su vista el desenlace antiheroico revelado por el supuesto héroe, el editor “*suspende*” por una fracción de segundo su conclusión para, acto seguido, dar la orden de impresión a su ayudante, con esta reflexión:

“*¿Cuando la leyenda se vuelva HECHO, imprima la leyenda!*”.¹²

4) Alicia: dilema para traductores

Lewis Carroll, seudónimo de Charles Lutwidge Dodgson, compuso en la tarde de verano del 4 de julio de 1862, en una excursión en barca por el Támesis, con las hermanitas Liddell: Lorina (13), Alicia (10), y Edith (8), el cuento de “Las Aventuras de Alicia bajo tierra”. Dado la aceptación que el mismo tuvo, tres años más tarde publicó dicha narración, revisada, y con otro título ahora: “Alicia en el País de las Maravillas”; y seis años después, entregaba a la imprenta la segunda parte: “Alicia a través del espejo y lo que encontró al otro lado”.¹³

Lewis Carroll en “Alicia en el país de las maravillas”, describe el siguiente diálogo que trata sobre la instrucción recibida en la escuela:

Alicia: “¿Qué otras cosas aprendían allá?”.

La Tortuga Artificial: “Bueno, teníamos *Histeria, Histeria antigua y moderna*”...

Es de señalar que los dos traductores: Ramón Buckley (Grupo Anaya, Madrid, 1990) y Jaime de Ojeda (Alianza Editorial, Madrid, 1996) se encuentran ante el mismo problema de traslación del original de Carroll, y traducen el diálogo en términos idénticos.¹⁴ Jaime de Ojeda lo explica así:

“*Historia como histeria me ha salido más espontáneo; en ingles Misterio (History-Mystery)*”.¹⁵

5) El cazador de paradojas

El analista se pregunta, como también lo hace el paciente, por la novela de vida que éste lleva bajo el brazo, y no sólo bajo el brazo, sino también en los poros de su piel, en la punta de su lengua, en su “cuerpo como ser sexuado”,¹⁶ y en su *decir* que brota de “*un aparato de lenguaje*”, tal la expresión usada por Freud en su monografía temprana sobre las afasias.¹⁷

Los signos de las enfermedades psíquicas sellan síntomas, bloqueos afectivos, inhibiciones y angustias. Así, una corona de miedos configura los recursos de los que se vale la enfermedad para arremansarse en un estancamiento vital que petrifica el existir. Ese *anhelo de eternidad*, sin embargo, no difiere en esencia, y si sólo –sólo en grados–, del efecto sublimatorio que el análisis consigue a veces alcanzar. El analista va, por una parte, en pos de un discurso expresable, que lo provea de “material” del paciente, y por otra parte, a su vez, desde su lugar, brega por un *bien decir*, que ponga a plano las cicatrices que constituyen los síntomas del paciente.

¹². “Un tiro en la noche” (“*The man who shot Liberty Valance*”) de John Ford, 1962, con John Wayne, James Stewart, Lee Marvin.

¹³. Cf. *Prólogo* de Jaime de Ojeda, en “Alicia en el País de las Maravillas”, Alianza Editorial, Madrid, 1996, págs. 6,20.

¹⁴. “Alicia en el país de las maravillas; A través del espejo y lo que Alicia encontró al otro lado”, Alianza Editorial, España, 1996; Traducción y prólogo de Jaime de Ojeda, Ilustraciones de John Tenniel; “Las aventuras de Alicia” (incluye los dos libros): Traducción: Ramón Buckley. Anaya, España, 1990.

¹⁵. Op. cit. Notas del traductor, pág. 204.

¹⁶. Cf. “Fenomenología de la percepción”. Maurice Merleau-Ponty. Primera Parte El cuerpo, sección V, *El cuerpo como ser sexuado*. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1957. pág. 169.

¹⁷. Cf. Lo inconciente. Sigmund Freud. Apéndice C. Palabra y cosa. Amorrortu editores, T XIV, Bs. As. pág. 208.

“La escritura salvaje del síntoma es una escritura de cicatriz”.¹⁸

En esos pacientes se ha producido un efecto *boomerang*, cargado de sonido y furia, que se volverá contra ellos mismos, y serán alcanzados por ese malestar que la civilización engendra, y que desde Cullen se denomina *neurosis*, sin olvidar la perversión, las psicosis, y más contemporáneamente, *los estados-límite*.

En psicoanálisis escuchar, escribir y “*hacer historia*” es tarea de Hércules. No es la historia que atañe a los médicos, ni el relato que concierne a los escritores, como tampoco la crónica que parió a los historiadores, aunque de cada uno de esos afluentes el psicoanalista tomará algo en préstamo, pero será “de sí” que el psicoanálisis justificará finalmente su naturaleza.

¿De qué historia se trata, entonces?

La historia en psicoanálisis es *histerizable* (y no hay error posible de imprenta en esto).

Y podrá, en efecto, ser parecida a una historia como la que concibió Lewis Carroll al tratar del *olvido del nombre propio* que a Alicia afectaba, de las canciones burlonas que de ella brotaban muy a su pesar, de su infatigable indagar en sí misma, de los estantes vacíos ante los que se detenía decepcionada, de su frustración ante los juncos olorosos más y más inalcanzables, de cómo tuvo que soportar a *Humpty Dumpty*, el dueño de *todos los significados*, una especie de analista insoportable.

Y algo parecido a lo que le pasaba a Alicia, expresan los pacientes, cuando dicen, por ejemplo: “¡No sé ni cómo me llamo!” o “¡No entiendo cómo pude decir lo que dije!” o “¡No entiendo todavía cómo pude hacer lo que hice!”.

En psicoanálisis, el “acto de decir”,¹⁹ es una acción verbal: sostiene un discurso exterior en que las voces de paciente y analista, se someten a un intercambio dialéctico que muchas veces queda en suspenso. Es más: se podría sostener que hablar en psicoanálisis es estar sometido a un “*suspenso permanente*”. Tanto la voz de analista como la del analizado tienen la posibilidad de remover una y otra vez una presunta constancia del significado, un único sentido del significante.

El signo es ineliminable del discurso, y el síntoma quizás también, pero la intervención del analista puede desbridar la cicatriz para que el significante se libere. ¿Y este acto de un tiempo presente puede incidir sobre un hecho pasado?

En los estoicos, resume Mayette Viltard, “la función verbal del verbo herir y de la cicatriz, es el ejemplo favorito en lo concerniente a la temporalidad, “(...) “en la semiología estoica, la cicatriz es ‘signo’ de que *alguien es ‘habiendo sido herido’...* (cursivas personales)”. ‘Herido’ no queda reducido a ser ‘atributo’, es también un ‘verbo’ una plataforma de lanzamiento.”²⁰

El arte del bien decir en el sillón junto al diván, es movimiento de la superficie, de los llamados por los estoicos **acontecimientos incorporales**. Los mismos son **efectos de lenguaje**; no se puede decir que “existan”, más bien insisten desde el lenguaje, tienen la capacidad de ser expresados, pero no obstante ello, lo que importa retener, es **la dimensión siempre inapresable del sentido en psicoanálisis**.

El sinsentido y la paradoja, en cambio, deben ser mencionados, especialmente, como instrumentos operativos útiles, ya que ninguna significación ha de darse por sobreentendida en análisis.²¹ El estoico griego Crisipo enseñaba: “Si dices algo, esto pasa por la boca; dices *un carro*, luego un carro pasa por tu boca”.²² “Esto es un

¹⁸. Mayette Viltard en Revista Litoral 18/19, “La implantación del significante en el cuerpo”, Edelp (École lacanienne de psychanalyse) Córdoba, 1995, pág. 95. En su artículo “*Hablar a los muros*”, hace un recorrido por el pensamiento de los estoicos, e intenta articular giro del pensamiento de Lacan con libro de Gilles Deleuze: “Lógica del sentido”. (Ver más adelante).

¹⁹. Op. cit. pág. 66.

²⁰. Op. cit. pág. 75.

²¹. Op. cit. pág. 63.

²². “Lógica del sentido”, Gilles Deleuze, Paidós, 1989, Barcelona, pág. 32.

ejemplo de *nonsense*, así como este otro de Jorge Luis Borges: “Letizia Álvarez de Toledo ha observado que la vasta Biblioteca es inútil; en rigor, bastaría *un solo volumen*, de formato común, impreso en cuerpo nueve o en cuerpo diez, que constara de un número infinito de hojas infinitamente delgadas (...) El manejo de ese *vademécum* sedoso no sería cómodo: cada hoja aparente se desdoblaría en otras análogas; la inconcebible hoja central no tendría revés”.²³

El discurrir por los sinsentidos sobre los que las paradojas deslizan no libera a los pacientes de sus síntomas. Los nudos a veces deslizan y a veces no. Pero el relato en psicoanálisis no debiera exigir, por lo mismo, una actitud hermenéutica a ultranza.

¿Debe manejarse el analista con una lógica de conceptos o con una representación discursivamente elaborada? Los conceptos apuntan a nombres, adjetivos, lugares de detención, paradas, etiquetas, sitios fijos, con sentidos inamovibles, y que convocan, a veces, ¡hasta el mismo sentido común! El verbo, en cambio, expresa una acción, un acontecimiento, por eso también el par dialéctico de verbo versus acción no obra como llave. El analista tiene la posibilidad de espigar los acontecimientos, los verbos, las acciones, como objetos de su discurso. En cambio, los nombres, por ejemplo, las etiquetas diagnósticas, que responden a apremios nosológicos, pueden tener efecto de cese de una producción.

* * *

En el prólogo del libro de Gilles Deleuze, *Lógica del sentido*,²⁴ que él describe como “*un ensayo de novela lógica y psicoanalítica*”, Deleuze emprende un trayecto que va desde Lewis Carroll hasta los estoicos, pasando por Freud, Klein, y Lacan, hasta Malcom Lowry, Francis Scott Fitzgerald y Jorge Luis Borges.

Deleuze entiende el sentido en lógica simbólica, en poesía, y en psicoanálisis, como un inapresable, un inconsumible, una entidad compleja, irreductible, acontecimiento puro que subsiste o insiste en la proposición.

La paradoja, dice Deleuze, destituye la profundidad, expone los acontecimientos en la superficie, despliega el lenguaje a lo largo de este límite.²⁵

El humor, que en psicoanálisis se retacea, es arte de superficie, contra la vieja ironía, arte de las profundidades o de las alturas.

Con los estoicos, continúa Deleuze, el humor encuentra su principio dialéctico, su lugar natural, y Lewis Carroll lo recupera. En el principio *Alicia* busca todavía el secreto de los acontecimientos en las profundidades de la tierra, en los pozos y las madrigueras, pero a medida que avanza el relato, se accede a movimientos laterales de deslizamiento, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, los animales de las profundidades ceden su lugar a *figuras de cartas*, sin espesor,²⁶ y más aún en “A través del espejo”, donde los acontecimientos ya no son buscados en profundidad, sino en la superficie, en ese tenue vapor *incorporal* que se desprende de los *cueros*, *película* sin volumen que los rodea, *espejo* que los refleja, tablero de ajedrez a recorrer.²⁷

Lewis Carroll, agrega Deleuze, decía que “Superficie plana es el carácter de un discurso”.

Paul Valéry acuñó una frase extraña, paradójica y bella, como a veces fraguan los poetas cuando dan en el blanco: *lo más profundo es la piel*. Descubrimiento estoico, dice Deleuze, que supone sabiduría y entraña una ética.

²³. Cf. Jorge Luis Borges, en “Ficciones”, Alianza Emecé, Madrid, 1985, pág. 100, en el cuento *La Biblioteca de Babel*.

²⁴. “Lógica del sentido”, Gilles Deleuze, pág. 23.

²⁵. Cf. Op. cit. pág. 32, *Segunda serie de paradojas de efectos de superficie*.

²⁶. Cf. Op. cit. pág. 32.

²⁷. Cf. Op. cit. pág.33.

Freud privilegió *el traumatismo*, guiado por la Histérica, que le enseñó las perturbaciones que “ella producía en la sensibilidad de *la piel y los tejidos profundos*”²⁸ “comportándose en sus manifestaciones como si la anatomía no existiera, o como si no tuviera noticia alguna de *ella*.”²⁹

Klein develó un mundo de las profundidades, un “*teatro del terror*”, donde la boca y el seno, son (...) despedazados, trozados, y estos pedazos (...) introyectados, constituyen *objetos parciales* sobre los que se proyecta agresividad, y se re-proyectan (...) en el cuerpo materno. Los pedazos introyectados (...) amenazan desde el interior el cuerpo del niño y no cesan de reconstituirse en el cuerpo de la madre, (...) en una mezcla persecutoria mutua, que constituye la abominable *Pasión del lactante*, al decir de Deleuze.

Lacan privilegió el tatuaje, la escarificación, la cicatriz y el síntoma aprisionado en ella, y desde allí la acción del síntoma de “hacer signo”.

Tomó de los estoicos la noción de “*significante*”, que resultó tener una antigüedad de ¡dos mil años! pero que, sin embargo, fue atribuida a Ferdinand de Saussure a favor de un estructuralismo de época, quizás producto de un malentendido...

Quizás sí, quizás no...

Pero esta ya es otra historia...

²⁸. Cf. en Sigmund Freud, “Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)”, nota necrológica sobre *Charcot*. Amorrortu editores, T III, Bs. As, 1981, pág. 22.

²⁹. Cf. en Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud (1886-1899), su artículo: *Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas*, (1893), Amorrortu editores, T I, Bs. As., 1982., Pág. 206.